

Zigmunt Bauman (2018). *Sobre la fragilidad de los vínculos humanos. Amor líquido*. Barcelona: Paidós.

Ángela Serrano Sarmiento<sup>a</sup>

La presente reseña tiene como referente a un gran filósofo contemporáneo, además de sociólogo. Esta combinación entre la filosofía y sociología quizá ha hecho que Bauman dibuje una cosmovisión profunda para explicar los grandes temas que vertebran la posmodernidad, añadiendo una crítica con una dimensión global de lo que le acontece a la persona frente a la sociedad líquida.

*Amor líquido* es una obra en la que el autor retoma el concepto de “líquido” usado ya en los inicios del siglo XXI en sus obras para calificar la ausencia de certezas como característica de la posmodernidad. El lector ha de saber que el concepto de líquido para Bauman –a riesgo de que mis limitaciones no hagan una definición justa por no abarcarlo en su extensión– hace referencia al fluido cambio constante, a la flexibilidad y

fragilidad de lo que antes se tornaba en sólido.

Bauman deja entrever en sus obras que lo “líquido” es una metáfora de los irrecuperables y continuos cambios que ha sufrido todo aquello que antes se tornaba en certezas. Una vez ubicado este concepto clave del autor, el lector estará preparado para iniciar la lectura de un libro necesario para saber dilucidar aquello que, en palabras del propio Bauman, es la única experiencia que verdaderamente cambia la vida de la persona: *el amor*.

En un momento histórico en el que el amor como valor real parece pasar a un segundo plano, en sociedades cada vez más egoístas, que viven con el vestido del narcisismo en pos de un falso amor propio, que desvirtúa cualquier atisbo de autoestima y que más bien permite

<sup>a</sup> Profesora de la Universidad Católica de Valencia. Facultad de Magisterio y Ciencias de la Educación.  
E-mail: [angela.serrano@ucv.es](mailto:angela.serrano@ucv.es)



dilucidar las miserias humanas, se hace latente sacar un espacio para pensar en la única experiencia que puede hacernos únicos y que, tal como expone Bauman en este libro, es lo que realmente podría constituir la verdadera esencia de *ser humano*. Es ello –y no es vano– la razón que me anima a reseñar una obra tan necesaria en tiempos de escasas certezas.

La obra abarca cuatro capítulos majestuosamente articulados: inicia con la descripción de la percepción individual del amor, con las distorsiones propias de la posmodernidad, y se va ampliando hasta lo que debería ser una visión generosa y social del amor. En cada uno de los capítulos, el autor dibuja las graves distorsiones que genera la posmodernidad en la capacidad de amar, advirtiendo al lector de los espejismos y la traición voluntaria que hacemos al propio acto de amar, so pena de un narcisismo cultural y socialmente transmitido.

En su primer capítulo, Bauman expone la experiencia de enamorarse y desenamorarse. El autor parte de la explicación de cómo el amor da vida al propio sujeto, insuflando en él “su propio funcionamiento”. En el amor como en la muerte –dice– “es imposible que podamos entrar dos veces” (19). El amor es una experiencia que se vive y no puede ser de otra manera; por más que el ser humano busque explicaciones, es imposible identificar las razones o motivos del amor. Sin embargo, en palabras del autor, en la posmodernidad líquida, la

experiencia de enamorarse parece ser un acontecimiento más, que podría repetirse un número incalculable de veces. Esta experiencia es una de las falacias de la percepción equivocada del amor; está en la base actual de lo que el hombre llama “amor”, siendo confundido dicho amor con emociones similares, producto indudable de una necesidad del propio egocentrismo contemporáneo. Esta falsa ilusión, tal como expone Bauman, aumenta y se retroalimenta con cada intento fallido, sumiendo al hombre en una “incapacidad aprendida de amar” (22). Esta incapacidad es el producto de esa contienda constante con el amor, buscando novedades continuas en las que el ser humano intenta no respetar las reglas mínimas del aprendizaje del amor, tal y como son: aceptar lo cotidiano y sus consecuencias, o, en palabras del propio autor, “lo regular y lo contingente” (23).

Para Bauman, el amor es una experiencia mayor que la propia capacidad del hombre, es análogo a la trascendencia, “en todo amor hay al menos dos seres, cada uno de los cuales es la incógnita de las ecuaciones del otro” (24). El amor es un salto a la incertidumbre creadora, citando a Eric Fromm (2016); cuán grande es la capacidad de amar, pero a la vez, cuán raro es encontrar esa capacidad de amar en las personas. E incluye una clara premisa: la sociedad del consumo no está preparada para el amor, ya que sin “humildad y coraje” (25) no hay vía posible para el amor.



El autor expone en este capítulo cómo la fragilidad del hombre posmoderno de conseguir poder, de poseer al otro sin respetar la alteridad y dominarlo, lo introducen en un fracaso absoluto en su capacidad de amar. El hecho de negarnos a asumir la propia responsabilidad de la donación de amar hace que el hombre huya de esta experiencia: “De ahí que la tentación de enamorarse sea tan grande como arrolladora, pero que también lo sea la tentación de la huida” (27).

De igual manera, el hombre se ve preso de su deseo, puesto que el “amor y el deseo son como hermanos mellizos” (27), pero nunca gemelos idénticos. El deseo es un ansia de poseer que destruye; el amor, por su parte, es el yo que se da a sí mismo al objeto amado. El amor intentará perpetuar el deseo; sin embargo, el deseo rehuirá de las cadenas del amor. El amor al que está acostumbrado el hombre posmoderno pide certezas y satisfacciones constantes, fidelidad eterna, de tal manera que el sujeto, incapaz de amarlo, busca continuas sensaciones, frecuentes victorias y emociones cambiantes que se experimentan como pérdidas, al no tener esa moneda de cambio. Estas insatisfacciones propias del adicto del consumo lo llevan a pervertir la experiencia de amar. Una de estas perversiones está en no querer afrontar nunca aquello que nos molesta del otro; la otra perversión es querer cambiar al otro queriendo comprender demasiado.

En el segundo capítulo, Bauman aborda la sexualidad y su papel trascendente en el ser humano, lo que expresa a partir de su función. Es fácil advertir –dice– que el sexo no es casual, implica el anhelo de estar juntos; hace que cualquier ser humano, por consumado y autosuficiente que haya logrado ser en otros aspectos, esté incompleto y necesitado hasta que se una a otro (65). Bauman compara cómo el hombre moderno usa la sexualidad como una adicción, y cómo la ligereza de sus afectos hace que se viva el tener hijos como un drama. Esa huida dramática y confusa hace que se confunda el amor con un sustituto de la soledad y, en esta carrera desesperada y superflua, el hombre cae en su propia trampa. El autor compara la utilización del sexo como sustituto, al convertirse en una adicción, similar al alcoholismo o a la afición a las drogas. Para ello, en su obra, hace un recorrido por las diferentes y diversas percepciones que la sociedad líquida tiene sobre la sexualidad libre, tener hijos y sobre el acto de la paternidad. Explica que el coste real y emocional que se sopesa ante tal experiencia refleja el vacío del hombre, que huye de la soledad desesperadamente utilizando el sexo como una adicción, usándolo una y otra vez y sintiéndose cada vez más frustrado, profundamente frustrado. “La unión es ilusiva y la experiencia del sexo termina inevitablemente por resultar frustrante y autodestructiva, debido a la separación entre unión y amor” (73).



Más adelante, el autor relaciona esta vivencia de la sexualidad distorsionada con la cultura consumista. Dentro de la sociedad líquida, el amor se asemeja a los bienes. Para Bauman, el consumismo actual no consiste en acumular bienes, sino en usarlos y deshacerse de ellos rápidamente tras su uso, para dejar espacio a otros nuevos. El *homo consumens* actual potencia la ligereza y la inmediatez. Por norma, la usabilidad de los bienes es más duradera que la utilidad de estos para el consumidor, lo que impide la variedad y por tanto la novedad. En la modernidad líquida, triunfa quien no está obligado a aferrarse a las utilidades de sus bienes mucho tiempo antes de que el tedio se instale. Con el amor ocurre algo similar, explica: se intenta no asumir el compromiso dada la ansiedad y angustia que esto genera al *homo consumens*, acostumbrado a esa vida de usos y, consecuentemente, se vive la sexualidad como un cúmulo de nuevos y frecuentes episodios separados del amor.

La sociedad moderna evita vivir en comunidad, pero aboga por el contacto frecuente. No es de extrañar entonces que se prefiera todo contacto separado del compromiso. Desde esta perspectiva, la tecnología y, en especial, las redes virtuales, han generado un impacto importante en esta metafísica líquida; por ejemplo, los móviles permiten que quienes están separados se mantengan en contacto, pero a su vez que quienes

están en contacto se encuentren separados y nada se haga conjuntamente (93). Aludiendo a John Urry (2009) en *Guardian Weekend*, las relaciones de *copresencia* siempre implican cercanía y lejanía, pero inclinan la balanza hacia la distancia y, por tanto, se diría –como afirma Bauman– que el logro fundamental de la proximidad virtual es que ha logrado la separación entre comunicación y relación.

En el tercer capítulo se profundiza sobre la experiencia del hombre para amar gratuitamente al otro. La racionalidad individualista impulsa al interés propio y a la búsqueda de la felicidad individual. Aunque el hombre no quiere comprometerse, experimenta la necesidad de ser amado, que es el espejo de haber sido amados antes. Esa experiencia de amarse es una cuestión de supervivencia, clarifica Bauman; lo que amamos de nosotros mismos es la esperanza de ser amados, de que se nos demuestre que somos reconocidos (116). En una majestuosa reflexión, Bauman lleva al lector de la mano para encontrarse racionalmente con una conclusión indiscutible: esa búsqueda del hombre de ser visto no es solo un delirio de grandeza, es la muestra de que, si deseamos verdaderamente ser amados, valorados, o reconocidos, indiscutiblemente ese deseo admite por sí mismo reconocer la unicidad de cada uno y, por ende, de la dignidad humana. Así, afirma: “la negación de la dignidad humana desacredita



la valía de cualquier causa que necesite de tal negación para afirmarse” (120).

Durante el trascurso de este capítulo, el autor realiza una crítica sobre el adormecimiento cultural al que se asiste para reconocer verdaderamente la dignidad. De esta manera, realiza una aguda crítica sobre algunos directores de cine, películas y programas de televisión cuyas obras se consideran muy humanistas, cuando su producto es el embellecimiento de una realidad en la que se acepta pisotear la dignidad de unos para salvar a otras personas que se consideran más aptas. Esa dificultad del amor al otro se refleja en la violencia vivida y percibida con un grado de normalidad aterradora. Bauman explica cómo las personas tendemos a confeccionar nuestras imágenes del mundo con el hilo de nuestras experiencias (126); de esta manera, el hombre aprende a desconfiar del hombre y a deshumanizar el rostro del otro, hasta convertir su relación con él en una competencia donde “el otro” es un obstáculo al camino que cada uno quiere seguir. Así, esa carencia para amar al otro queda acentuada y justificada socialmente. Todo ello apoyándose en Giddens (1995), quien aduce que la relación humana queda reducida a lo que se pueda obtener de ella, para satisfacción de las dos partes.

Como si de marionetas se tratara, el mundo global hace sentir al hombre superior, con espejismos de alcances globales, cuando en realidad el hombre

sigue atado a un margen local. El hombre de la sociedad posmoderna se ve capaz de desplazarse física o virtualmente a miles de millas de donde ha nacido o pervive, capaz de conseguir cada vez mayores logros, capaz de conocer nuevos mundos, pero a su vez incapaz de reconocer al otro. Estas contradicciones impactan al hombre actual, que se percibe en su intimidad como frágil: Bauman revela que el hombre necesita de la proximidad del otro ser humano, porque en realidad es débil y vulnerable, pero ha aprendido a desconfiar del otro, un *otro* que no conoce en realidad. Es esta frustración el engaño moral que atenta contra la verdad.

En las naciones de la sociedad líquida, ante la desconfianza del hombre por el hombre, los espacios físicos se convierten en refugios de sus moradores y “los distritos fantasmas” (término acuñado por Schwarzer, por alusión del propio Bauman), en búnkeres que reflejan la defensa de lo regional, la desconfianza y la exclusión. Finalmente, el autor expresa cómo la estructura de nuestras ciudades favorece la exclusión de unos por la inclusión de otros; inclusión por supuesto supeditada a la percepción de seguridad de quien tenga el poder. La confusa variedad del entorno urbano es una fuente de miedos (157). Así se justifica y se calma la falsa sensación de seguridad en los moradores, justificándose la necesidad de seguridad ante la delincuencia de los de “fuera”,



impulsada por las noticias de los grupos de *Mass Media*.

En el cuarto capítulo, el autor aborda el tema de la xenofobia, donde expone cómo las brumas de lo incierto impulsan al hombre a buscar culpables de sus vaivenes y tribulaciones. Como no podría ser de otra manera, la respuesta está en la delincuencia que viene de la mano de los forasteros. Ante el endurecimiento de la conciencia social, se exige para mantener el equilibrio social el encarcelamiento y deportación de los “de fuera” (165). Así, la modernidad clasifica y categoriza quién puede ocupar ciertos espacios globales, una justificación apoyada en las noticias de delitos, atentados terroristas, etc., que presenta una sociedad caótica y que justifica el desperdicio humano, tipificado así porque, según esta realidad aparente, hay seres humanos que se diferencian de los humanos previstos o planeados por los países, dependiendo de muchos factores, principalmente del valor “útil”.

Bauman, apoyado en Kant, alude a que el único camino posible de orden humano es la *ciudadanía común*, es decir, que la hospitalidad es el precepto supremo que debemos aceptar y obedecer para poner fin a la larga cadena de ensayos y errores que nos han deshumanizado (173). Hannah Arendt —expresa Bauman (176)— señaló que, aunque para todas las generaciones precedentes la humanidad ha sido solo un ideal, en realidad su consideración es una cuestión apremiante de máxima urgencia.

La saturación de la modernidad líquida no solo ha logrado una desintegración física sino que, aún más preocupante, ha constituido la descomposición de las creencias metafísicas y religiosas y, con ello, la aniquilación del atisbo de la esperanza de un futuro para todos.

Los de fuera son relegados a campos de refugiados, mientras que la sociedad líquida, por otra parte y de manera incoherente, vende la idea de una ciudadanía global. Los gobernantes de los países invierten cantidades ingentes de recursos de todo tipo por no aceptar que existen. Los refugiados no solo pierden el derecho a entrar a un país, sino que también han perdido el camino de vuelta. Escondidos y sin solución, sumidos en estancias temporales, dentro de los campos de refugiados pierden su identidad; pero, por si esto fuera poco, se convierten en inimaginables (193). Escondidos en lugares cerrados donde no pueden verse y por tanto imaginarse, ya no solo son intocables, sino impensables. Porque es así, negándoles el derecho a ser imaginados, como desaparecen para que las comunidades “genuinas” puedan seguir construyendo sus imaginarios. Bauman denuncia: “Cabe preguntarse, hasta qué punto los campos de refugiados no son laboratorios en los que el nuevo patrón «permanentemente transitorio» de la vida, propio de la modernidad líquida, se pone a prueba y ensaya” (200).

Finalmente, en esta magnífica obra, Bauman cierra su crítica reflexiva animando a que en todo momento el hom-



bre puede elegir. La historia no está terminada, aduce, y podríamos acercarnos al ideal de comunidad humana. Así concluye su obra, expresando claramente que no ha habido otro momento en la

historia más apremiante para buscar la esencia de la humanidad, aludiendo a que la presencia del otro es la única decisión posible, si de llegar a trascender como humanos se trata.

